

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

68

LETRAS LIBRES
JULIO 2012

LITERATURA

EL BIEN DE ROTH

RODRIGO FRESÁN

La lista de premios recibidos aquí y allá y en todas partes por Philip Roth —a la que ahora se suma el Príncipe de Asturias— quita el aliento y devuelve la fe en la sabiduría de los jurados. A esta altura del asunto —su nombre suena en los pasillos de la academia sueca año tras año— en sus estantes y vitrinas solo le falta el Nobel. Pero, de no ser así, Roth ya ha sido más que digno merecedor de lo que también ganaron Lev Tolstói, Antón Chéjov, Marcel Proust, Francis Scott Fitzgerald, James Joyce, Vladimir Nabokov, Jorge Luis Borges, Italo Calvino, Iris Murdoch, Robertson Davies, Juan Carlos Onetti, Anthony Burgess, John Cheever, Kurt Vonnegut, John Updike y tantos otros: la gran medalla a aquellos que *no* recibieron el Nobel porque ni falta que les hacía, aunque...

A la hora de la verdad, lo que importa y lo que queda y permanece es la obra. Roth —junto a Saul Bellow y Eudora Welty en su momento y ahora el poeta John Ashbery— ha sido uno de los cuatro autores a los que la canonizadora Library of America decidió comenzar a publicar y ordenar en vida.

Ya se han publicado siete volúmenes de lo que se estima será un total de nueve. Pero con Roth (Newark, Nueva Jersey, 1933) nunca se sabe: de un tiempo a esta parte, no hace otra cosa que escribir y escribir y escribir. Y así, en lo que va del milenio, ha publicado ocho novelas y una recopilación de ensayos y entrevistas. Para dentro de poco —aunque muchos lo tildan de leyenda urbana-editorial— se anuncia algo titulado *Notes for my Biographer*. Exista o no, título intrigante e inequívocamente rothiano, porque —¿serán memorias, será ficción?— en su mundo nunca se sabe qué es cierto, qué fue lo que no sucedió, qué es inequívocamente real luego de que él lo haya puesto por escrito.

Mientras tanto y hasta entonces (o hasta nunca), a continuación se proponen diez escalas inevitables en la trayectoria de un narrador acusado de misógino, solipsista, antisemita y traidor a los suyos, así como celebrado por sus vertiginosos vuelos metaficcionales y por ser el más implacable cronista del ser nacional y judío.

Goodbye, Columbus (1959)

El joven Roth debutó por todo lo alto —ganando nada menos que el National Book Award— con esta *nouvelle* acompañada de cinco relatos

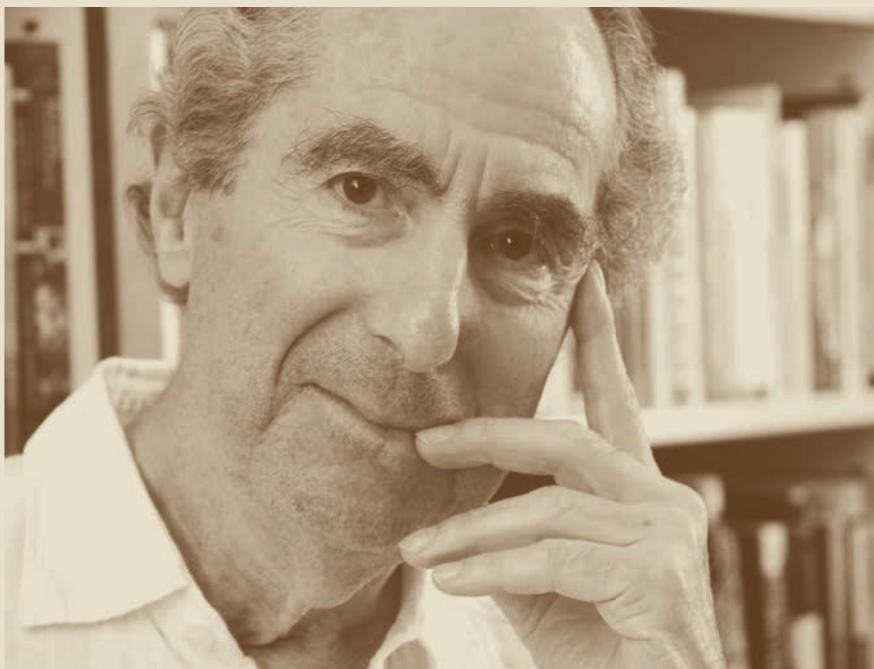
donde ya se apreciaban varias de las constantes en su obra: la topografía familiar de Newark, Nueva Jersey (en ese sentido, Roth es a esta región en lo literario lo que Bruce Springsteen es en lo musical), la figura deseable de una chica fatal, el deseo de infiltración entre los WASP, y las relaciones peligrosas entre tradicionales padres judíos y la voluntad de los hijos díscolos por saltarse toda festividad religiosa. En su momento, alguien le preguntó: “Señor Roth, ¿escribiría usted estas cosas de vivir en la Alemania nazi?” Roth dijo: “Pregunta siguiente, por favor.”

El mal de Portnoy (1969)

Uno de esos títulos que —como *Don Quijote* y *Lolita*— trascienden lo literario y entran, como prototipo y arquetipo y paradigma, en el habla de todos los días. *Best seller* arrasador que convierte a Roth en una celebridad (él mismo ficcionalizaría ese momento de su carrera en *Zuckerman desencadenado*, de 1981) y funcionó como puesta al día de los “antihéroes” de Bellow a la Herzog. Alexander Portnoy —y su hiper-madre mega-judía y sus amantes judías o no— corre y cae por las páginas de un libro sin pausa. Y él se lamenta de su mal, sí. Pero nos reímos. Mucho y muy bien.

Mi vida como hombre (1974)

Uno de los mejores y más feroces libros de Roth donde, además, aparece por primera vez su álter ego, Nathan Zuckerman, todavía velado y en la imaginación febril de un tal Peter Tarnopol. Divido en dos secciones —“Ficciones útiles” y “Mi verdadera historia”—, lo que se cuenta y re/cuenta es, apenas encriptado, el catastrófico matrimonio de Roth con la destructora y autodestructiva Margaret Martinson, aquí Maureen. Leerlo es temblar. Philip Roth revisitaría estos días —ya sin máscara— en *Los becbos: autobiografía de un novelista* (1988) donde, en las últimas páginas, se bate en duelo dialéctico con Nathan Zuckerman con modales muy parecidos a aquellos con los que el doctor Víctor Frankenstein se enfrentó a su criatura.



Fotografía Richard Drew / AP

✦ Philip Roth: el cronista traidor.

El escritor fantasma (1979)

Obra maestra, novela de iniciación y visita al maestro. Aquí, el joven aprendiz de escritor Nathan Zuckerman visita a su venerado E. I. Lonoff (cruza de Henry Roth con Saul Bellow y Bernard Malamud). Allí, en la casa de su ídolo, Zuckerman relee a Henry James, es testigo del apocalipsis matrimonial en cámara lenta de los Lonoff y, de paso, fantasea con la posibilidad de que Amy Bellette, bella joven y supuesta amante de Lonoff, no sea otra que una Ana Frank que sobrevivió para contarle pero sin poder decírselo a nadie para no sacrificar la potencia y utilidad de su propio mito. Roth y Zuckerman volverían a esto en esa (por ahora) despedida que es *Salé el espectro* (2007).

La contravida (1986)

Zuckerman otra vez, maravilla metaficcional y entrada de Roth en lo que se considera su edad madura y dorada. Cinco variaciones y experimentos —que se contradicen entre ellos a la vez que se complementan— en los que Zuckerman juega con las posibilidades narrativas de su propia vida y la de su hermano Henry, odontólogo que se opera para no perder

la potencia sexual y que muere en la mesa del quirófano. O no. O tal vez... O mejor... Al fondo, los reproches de la familia de Zuckerman a quien los puso por escrito sin pedir permiso antes. O sí. Porque, se sabe, Zuckerman siempre pide permiso a sus padres; pero no le importa nada que se lo den. Ganadora del National Book Critics Circle Award en 1987.

Patrimonio (1991)

Roth autobiográfico, sin adornos ni anestesia (a diferencia de lo que hace consigo mismo en las magníficas y alternativas *Operación Shylock* y *La conjura contra América*) para iluminar el crepúsculo de su padre, Herman, víctima de un tumor cerebral. Nada más y nada menos. Y —perdiéndose y encontrándose en el laberinto kafkiano de los ritos de la medicina moderna— la manera en que Philip va comprendiendo que el final de la vida de Herman es, también, el principio de su propia muerte. *Patrimonio* recibió el premio al mejor libro autobiográfico del National Book Critics Circle Award de 1991.

El teatro de Sabbath (1995)

Si uno va a leer un solo libro de Roth en toda su vida (o si no leyó ninguno y

no sabe por dónde empezar) propongo a *El teatro de Sabbath* como puerta de entrada. Novela bestial en todo sentido —ganadora del National Book Award de Ficción de 1995, celebrada por Harold Bloom y James Wood— manejada por el titiritero pornógrafo siempre en celo Mickey Sabbath (inspirado en la figura real del pintor R. B. Kitaj y descendiente directo de los encantadores amorales Louis-Ferdinand Céline y J. P. Donleavy). Sabbath es un experto manipulador a la hora de tirar de los hilos de todos quienes lo rodean, lo acorralan o no quieren ni verlo. Y una de las escenas más emotivas y técnicamente impresionantes en todo el canon de Roth: la visita de Sabbath al centenario del primo Fish.

Pastoral americana (1997)

Ganadora del Pulitzer en 1998 y primera entrega de la triunfal *Trilogía americana* de Roth en la que Zuckerman se convierte en oyente y cronista de la vida de otros. Así, el foco de atención y disección en vida es Seymour Levov, hombre de negocios, exatleta en la secundaria a la que asistió Zuckerman y víctima de los turbulentos años sesenta que apenas soporta la resaca de Vietnam y Watergate. La terrorífica y terrorista hija de Levov, Merry, es uno de los más grandes personajes femeninos de Roth. *Pastoral americana* es todo lo que debe ser un espécimen de ese subgénero, tantas veces tomado en vano, conocido —pero, por lo general, mejor no conocerlo— como “novela política”.

La mancha humana (2000)

Cierre —luego de *Me casé con un comunista*, de 1998— de la *Trilogía americana*, ganadora entre otros del Pen/Faulkner Award for Fiction de 2001 y del Prix Médicis Étranger de 2002, y uno de los títulos más conocidos de Roth, llevado al cine por Robert Benton con Anthony Hopkins y Nicole Kidman en los roles protagónicos. Aquí —con el *affaire Lewinsky*-Clinton como telón de fondo— Zuckerman escucha los *blues* de otra víctima profesional:

el septuagenario decano Coleman Silk (algunos lo piensan inspirado en el intelectual Anatole Broyard), injusta y absurdamente acusado de racista por alumnos afroamericanos. Paradoja e injusticia poética: Silk, de piel clara, ha ocultado toda su vida sus raíces negras. A continuación, caída en desgracia, viudez y carnal resurrección junto a la joven y turbulenta Faunia Farley. La tragedia está lista, se sirve caliente entre las nieves de Nueva Inglaterra, y Zuckerman, por supuesto, toma nota de todo.

Indignación (2008)

Segunda y mejor entrega de la tetralogía *Nemeses* (compuesta también por *Elegía*, *La bumillación* y *Némesis*). Estamos en 1951, afuera ruge la guerra de Corea, y el indignado perpetuo Marcus Messner busca escapar primero de su padre carnicero, de su madre castradora, de la fascinante y sensual pero inestable Olivia Hutton y, finalmente, de su alma máter. Así, a ponerse el uniforme y a salir volando por los aires, indignado hasta el último aliento. “El mejor libro de Roth desde *La contravida*”, dictaminó el gran John Banville, otro que se merece todos los premios.

Y, mientras usted lee esto, Roth sigue escribiendo. No lo considera una hazaña porque “si se escribe una página al día, al año tendrás 365 páginas y, por lo tanto, un libro”. Un libro que, según él, leerán cada vez menos porque “la lectura acabará siendo una actividad de culto... El libro ha perdido la lucha contra las pantallas. No puede competir con la pantalla de cine, con la pantalla de televisión, con la pantalla de computadora”.

Pero no desesperar: Roth ha ganado otra vez, y con él, mientras sigue tecleando sin cesar –aunque haya declarado que “el hecho de que algún día moriré ha dejado de parecerme una injusticia”–, ganamos todos.

Y el Príncipe de Asturias ha ganado un Premio Philip Roth. —

ECONOMÍA PALABRAS DE LA CRISIS

DANIEL GASCÓN

Si una persona despertase en España después de un sueño de unos años, tendría que hacer un esfuerzo para aprender algunos de los términos que se han popularizado en este tiempo de dificultades económicas. El aprendizaje tendría que cubrir desde la reticencia del anterior presidente José Luis Rodríguez Zapatero –que habló de “desaceleración acelerada” y solo en julio de 2008 aceptó mencionar la palabra “crisis, como ustedes quieren que diga”–, hasta el sintagma inverosímil de “apoyo financiero” que el ministro de Economía Luis de Guindos usó para presentar el rescate europeo de los bancos españoles en junio de 2012. Esa tendencia eufemística de los gobernantes alterna con una propensión a la épica que comparten dirigentes y columnistas, y que va desde la refundación del capitalismo a las comparaciones con la Gran Depresión y los años treinta del siglo xx (aunque las consecuencias económicas fueron más severas, por no mencionar las políticas: afortunadamente, ahora no tenemos ni a Hitler, ni a Stalin, ni a Mussolini ni a Franco), pasando por la etiqueta de la *generación perdida* (cuando los jóvenes actuales viven grandes dificultades, pero que no son comparables a las de generaciones precedentes). Otra figura que hemos visto reiteradamente es la profecía autocumplida o autoverificada. Muchas veces adopta una forma negativa, al estilo de “La muerte en Samarra”: cuando a principios de junio el ministro de Hacienda explicó que el rescate era “técnicamente imposible”, la única duda era saber cuánto tardaría en llegar. Como regla general, lo que se niega acaba sucediendo: después de años de decir que no somos Grecia, nuestra gran esperanza es no convertirnos en Uganda. Y lo que se presenta como modelo a seguir –la Comunidad Valenciana, los bancos

españoles– no tarda en transformarse en el paradigma del desastre.

Suponiendo que los hechos evidentes no le llevasen a prolongar su siesta unos años más, esa persona tendría que aprender a convivir con términos que han asumido nuevos referentes como *inyección*, *rescate*, *calificación* o los oscuros *mercados*, que se han aprovechado de las medidas *neoconservadoras*, las recetas *neoliberales* o incluso *ultraneoliberales* que impulsaron la *desregulación* (anglosajona) e imponen la *austeridad* (luterana), para algunos la consecuencia de *haber vivido por encima de nuestras posibilidades* y para otros el antónimo de *crecimiento*. En lo que decimos y escribimos sobre la crisis abundan las metáforas de muchos tipos: las hay textiles (“apretarse el cinturón”), gaseosas (“pinchar la burbuja”), laborales (“necesitamos arquitectos, no bomberos” en la Unión Europea, según Delors), domésticas (“un Estado es como una familia”), cinegéticas (Felipe González ha dicho que Rajoy es como un galgo que corre detrás de una liebre eléctrica; para elogiar a Alfredo Pérez Rubalcaba se dijo que era la liebre eléctrica de Zapatero), médicas (“una excesiva dosis de austeridad puede matar al enfermo”), bélicas (“el bazooka del Banco Central Europeo”), ecológicas (como el símil de la inundación que utiliza Michael Lewis para hablar de las hipotecas *subprime*) o meteorológicas (“con la que está cayendo”, quizá la expresión más popular, que sirve para señalar cualquier cosa que provoque *indignación*, otra de las palabras estrella de la crisis). Muchas expresiones y tropos vienen del inglés, y unos tienen una traducción más fácil que otros (*too big to fail*, *Grexit*, *Spanic*). Algunas de las metáforas intentan ser didácticas o llamativas, pero otras están muertas o fosilizadas. Así, los partidos en el poder, además de pedir responsabilidad, exigen que se arrime el hombro: María Teresa Fernández de la Vega valoró “la decisión del jefe del Estado de arrimar el hombro”; Leire Pajín denunció que “el PP no quiere arrimar el hombro” y pidió que lo hicieran los ayuntamientos o Mariano



✚Repitan conmigo.

Rajoy; José Antonio Alonso y Elena Salgado también usaron la expresión. En 2012 el rey ha pedido a empresarios que arrimen el hombro, y también lo han hecho la vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría y Alberto Fabra. Cuando Antonio Basagoiti reclama a Rubalcaba “que arrime el hombro” y “no saque pecho” no delata una vocación oculta de profesor de baile. Al contrario, muestra que al emplear esas expresiones no visualizamos ninguna imagen mental: que, como escribió Orwell, en realidad no estamos pensando. Decimos que “la prima de riesgo se ha relajado”, y probablemente no vemos a esa caprichosa pariente, pero la literalidad del lenguaje puede pillarnos por sorpresa. Cuando se produjo la expropiación de YPF, el ministro de Asuntos Exteriores García Margallo usó otro símil que se ha popularizado para hablar de la gestión de los problemas del euro: pegarse un tiro en el pie. Fue una elección desafortunada, porque el nieto del rey acababa de tener su accidente de caza.

También se han puesto de moda referencias a un imaginario variado. Una de las adiciones más recientes ha sido la de Montoro, que habló de “los hombres de negro”, encargados de supervisar la economía de un país

tras un rescate. Una aportación que ha gozado de mucha fortuna, y que se ha extendido a ámbitos distintos del “capitalismo de casino”, es la frase que pronuncia el capitán Renault cuando cierra el local de Rick en *Casablanca* con el cínico pretexto de haber “descubierto que en este local se juega”. Hay viñetas que comparan a los mandatarios europeos con el mito de Sísifo, pero a menudo las referencias tienen un tono más pop. En inglés se habla del momento del Coyote: el personaje de dibujos animados de la Warner se dirige a un precipicio y sigue corriendo en el aire, pero cuando mira hacia abajo cae. Paul Krugman, uno de los economistas que han ganado una gran audiencia con la crisis, utilizó la epifanía del Coyote en septiembre de 2007 para hablar del dólar y la ha empleado en muchos posts y artículos. Han usado la expresión Ezra Klein, Joaquín Estefanía, Kenneth Rogoff y Carmen Reinhart (citando a Krugman), o Simon Derrick y José Ignacio Torreblanca (sin citarlo), entre otros. El filósofo esloveno Slavoj Žižek ha empleado la analogía con los dibujos animados, pero además del euro la ha aplicado a Milošević, el régimen iraní, Mubarak o Jacques Lacan, y prefiere a Tom y Jerry que al Coyote y el Correcaminos.

La tentación apocalíptica, el símil sensacionalista, la analogía engañosa, el eufemismo o las simplificaciones que al final no aclaran nada son peligros constantes. Es difícil escapar a ellos, y estoy seguro de que no lo he logrado en estas líneas. Algunas de las metáforas son elocuentes; como apunta Juan Ignacio Crespo en *Las dos próximas recesiones*, quizá algunas sean inevitables. Pero a menudo los tópicos nos impiden pensar las cosas de otro modo. Por eso, como decía William Safire, hay que huir de ellos como de la peste. —

CIENCIA

EL CAPITAL ERÓTICO

✚MA TERESA GIMÉNEZ BARBAT

Tengo un amigo casado, de cincuenta y tantos, que dedica gran parte de su tiempo a la persecución y conquista de mujeres bonitas, cuanto más jóvenes mejor. No piensa dejar a su pareja y le parece natural que un hombre aproveche al máximo su capacidad seductora aunque vaya dejando por el camino a un reguero de señoras que le detestan. Hombre instruido, formado científicamente, conoce el dictamen darwinista sobre la necesidad masculina de copular con todas las que se pongan a tiro y se siente justificado.

Un buen día mi amigo estableció una relación algo más sentimental con una chica fantástica a quien doblaba la edad. Y ella, pasado un tiempo, acabó pidiéndole dinero y él se enfadó. Era darwinista pero, aparentemente, solo en su beneficio. Se le olvidó la otra cara de la moneda: si eres viejo, pagas.

Darwin fue de los primeros en señalar las diferencias de comportamiento sexual entre hombres y mujeres. Desde entonces se han realizado numerosas investigaciones. Las mujeres, por motivos que tienen que ver con la inversión parental, son más reservadas y priman las relaciones de calidad con varones con recursos. Los hombres, en cambio, son más promiscuos: favorecen la cantidad en las relaciones y su prioridad es la juventud y

la belleza. Eso hace que, en un mundo donde el equilibrio entre sexos es del 50%, los varones perciban un déficit de mujeres disponibles, especialmente de las más deseables. Y, entre otros efectos, este es el motivo por el que la prostitución –“el oficio más antiguo del mundo”, lo llaman– es un mercado potente. Las mujeres, por lo tanto, han explotado esa ventaja en su beneficio desde que el mundo es mundo. Esta frase molestará a quienes piensan que, en el mercado del sexo, la mujer es la explotada. No es así. Lo que ha pasado, sin embargo, es que los hombres, debido a su fuerza física y capacidad para la agresión, encontraron un nicho de aprovechamiento explotando a las explotadoras.

Armas de mujer

¿Se ofendió justamente mi amigo? Según Catherine Hakim, en absoluto. Este año se ha publicado en España el libro más reciente de la profesora de la London School of Economics: *Capital erótico. El poder de fascinar a los demás* (Debate, 2012), donde defiende sin reservas una decidida puesta en valor de la sexualidad de la mujer en su mejor momento vital. El valor económico, en especial. (Como el que la joven amante de mi amigo creía merecer.) Catherine Hakim, a diferencia de otros autores que han tratado esta temática –como hace desde la ciencia la psicóloga Nancy Etcoff en *Survival of the Prettiest. The Science of Beauty*, o como hace Nancy Friday desde el ensayo popular en *The Power of Beauty*–, representa un tipo de feminismo que, después de la liberación sexual y la relativización de las normas morales tradicionales, aplaude este tipo de transacciones.

Catherine Hakim no es una provocadora más: la que tiene la osadía de proponer la utilización del potencial erótico como arma contra la “nada santa alianza” entre los religiosos fundamentalistas, las feministas radicales y “el patriarcado” es una socióloga con un amplio historial de obras publicadas. Hakim no solo defiende el cultivo, la potenciación de esas “armas de mujer”



+Usted es atractiva: ¡saque partido!

–aunque también las defiende para los hombres jóvenes– como instrumentos de gran utilidad en todos los aspectos de la vida –los laborales, los sociales o los de pareja–, sino que exhorta a las jóvenes, especialmente a las que carecen de bazas financieras, intelectuales o circunstanciales, a explotar la propia belleza y juventud en el mercado del sexo, incluido el del sexo de pago.

Hakim ha tenido la habilidad de inventar la rueda renombrando con jerga de economista dos peculiaridades ancestrales que modulan la batalla de los sexos: la atracción de los hombres por la belleza y encanto de la juventud y la necesidad de los mismos de intercambiar fluidos con el mayor número de parejas sexuales dentro de sus posibilidades. A esos aspectos ya conocidos que han sido objeto de centenares de libros y artículos por parte de célebres investigadores les llama “capital erótico” y “déficit sexual masculino” respectivamente, demostrando de paso y a las claras cómo incluso hoy hay una lamentable distancia entre las ciencias biológicas y la sociología.²

A por los hombres

Para ella, la causa subyacente del odio de los hombres a las mujeres (que da por sentado) es su estado semipermanente de deseo y frustración sexual. Les “da rabia” que ellas no correspondan con el mismo deseo. “¿Por qué nadie anima a las mujeres a explotar a los hombres siempre que puedan?”, se pregunta. Asegura que la sexualidad masculina no vale nada debido al excedente a coste cero y para aprovecharlo reclama la completa legalización y liberalización de la prostitución y cualquier otra actividad económica de tipo sexual.

Siguiendo ese razonamiento, expresa una entusiasta admiración por ciertas escolares japonesas que en pocas horas ganan 650 dólares por entretener a hombres mayores, por las “amantes estudiantes” nigerianas o las chicas de los bares de Yakarta que espetan a sus clientes “no money, no honey”, frase que le da título al libro en inglés. No es un fe-

afirmar que esos conceptos son “nuevos”. Además asegura que, al nacer, “nadie sabe ser hombre o mujer” y que es un “papel”, apoyándose como autoridad nada menos que en ¡Simone de Beauvoir!

1 Como otros ensayistas, Hakim aún habla del “patriarcado” como una conspiración masculina real.

2 Dice que descubrió “por casualidad” ese “déficit sexual masculino” al leer los resultados de “las últimas encuestas sobre sexo en todo el mundo”, y osa

minismo edificante el de una Hakim que dice que las mujeres ganan confianza y autoestima vendiéndose al darse cuenta de que “en el peor de los casos, los hombres son patéticos o despreciables”.

¿Una buena idea?

En el panorama que dibuja, los jóvenes en su plenitud simplemente disfrutan del sexo y reciben, además, un montón de dinero. ¿Es siempre así en el mercado del sexo mercenario? No olvidemos que en la relación sexual con extraños se violentan las fronteras de la intimidad (higiene, olores, defectos físicos), concurren el abuso, las enfermedades y es una fuente potencial de agresión. Dice Hakim que “gente desagradable, y experiencias ingratas, las encuentra casi todo el mundo, tanto si ejerce el comercio sexual como si tiene un trabajo normal en una oficina, tienda o fábrica”. Que “nadie es perfecto”; pasan cosas malas; “hay gente maleducada, arrogante y hasta violenta”. Quizá, pero no se suele estar desnudo y expuesto en una habitación cerrada a albur de un tipo más alto y de más peso que cree que, aunque sea por unos minutos, te ha comprado. Dificilmente puede considerarse eso una profesión “normal”. La reticencia de la mayoría de quienes la practican a considerarlo como un medio de vida recomendable para sus propias hijas ya debería darnos una pista.

Por otro lado, ¿sería mejor un mundo en el que los hombres y las mujeres jóvenes explotaran económicamente su sexualidad? ¿Cómo sería una sociedad en la que cada cual comerciase con su capital erótico sin la capacidad que tiene el sexo de crear lazos de afecto, responsabilidad y, sí, de amor?

El amor también es importante. Y no es cierto que, como también dice Hakim en su libro, la idea occidental del amor no sea compartida por el resto de los seres humanos del planeta. Por hablar solo de “química” señalaremos que hay diversas neurohormonas decisivas en la modulación de los engranajes amorosos. La famosa oxitocina, por ejemplo, es la hormona de la

satisfacción y la plenitud afectiva. No solo se encuentra en el crescendo de la excitación sexual, sino también en el momento posterior. Se supone que es la responsable de elaborar engarces afectivos y sentimentales, marcando el cerebro con fijaciones de larga duración y cementando interdependencias afectivas.

El cazador cazado

Sí, el sexo tiene algo que ver con el amor. Por eso mi amigo depredador probó su propia medicina. A muchas mujeres no les gusta que las traten como objetos sexuales o que se las valore con baremos que no controlan, como la juventud o la belleza. A los hombres, aunque jueguen con ello, no les gusta que se les trate como objetos de éxito o se les valore por lo abultado de su cartera y por la importancia de su posición en un mundo competitivo. Como todo el mundo desea ser querido, hay hombres que salen con sentimientos contradictorios de una relación en la que ha intervenido el interés, sea el que sea.

La propuesta de Hakim rebaja las relaciones humanas. No, no creo que la explotación cruda de las necesidades masculinas sea una buena idea. Aunque tenga razón en cierto sentido cuando dice que “los hombres siempre han tenido que pagar a cambio de sexo: en dinero, en matrimonio, en respeto, en compromiso a largo plazo o en disposición a colaborar en el cuidado de los hijos”, se trata de una dinámica de ajuste profundo entre distintas prioridades subyacentes en aras de una mayor efectividad parental, de pareja y social. Es bastante insensato imaginar que un cambio así de drástico no alteraría el sistema en su conjunto. Y seguramente para mal. —

IN MEMÓRIAM

EL AVENTURERO DE WAUKEGAN

✎ NICOLÁS CASARIEGO

El otro día me acerqué a las estanterías de la biblioteca de mi familia dedicadas a la ciencia ficción, y busqué los libros de Ray



✎ Ray Bradbury (1920-2012).

Bradbury. Allí estaban *El hombre ilustrado* y *Fantasmas de lo nuevo*, entre otros. Ediciones baratas de Minotauro, impresas en Argentina en los años sesenta y setenta del siglo pasado. Pese a reconocer títulos y portadas, no recordaba casi nada de las lecturas, realizadas hace unos veinte años; había quedado, eso sí, una sensación agradable, la que queda tras un viaje placentero. No encontré *Fabrenbeit 451*; a saber quién se lo había llevado para no devolverlo. El ejemplar de *Crónicas marcianas*, coeditado por Edhasa, estaba roto, desencuadernado, manoseado y amarillento. Lo cogí, salí a la terraza, me senté en un banco y me puse a leer.

Bradbury murió en Los Ángeles el pasado 5 de junio de 2012, con 91 años. Había escrito veintisiete novelas, unos seiscientos relatos, guiones de largometraje y obras de teatro; había vendido ocho millones de copias, y sus obras habían sido tradu-

cidas a 36 idiomas y adaptadas al cine y a la televisión. En el obituario publicado en *The New York Times*, Gerald Jonas considera a Bradbury uno de los grandes maestros de la ciencia ficción, responsable en gran medida de que este género forme hoy parte del corpus literario principal o, lo que es lo mismo, de que pueda ser considerado literatura seria. Que haya que seguir recordando que la ciencia ficción puede trascender da una idea de hasta qué punto siguen vigentes los prejuicios en contra de esta corriente literaria, incluso después de Stanisław Lem. Borges, autor del prólogo de la edición de *Crónicas marcianas* que releí, propone que toda literatura es simbólica. Hay pocas experiencias fundamentales y da igual que un escritor, para transmitir, recurra a lo “real” o a lo “fantástico”, a la invasión de Bélgica en agosto de 1914 o a una invasión de Marte. No se trata, pues, del modo de encarar el viaje, sino de que este merezca la pena. Lo que parece obvio a veces no lo es para todos.

Bradbury tuvo siempre muy en cuenta el asunto que comento, aunque hay que puntualizar que, en su opinión, él escribía “fantasía” —una representación de lo irreal— y no ciencia ficción —representación de lo real—, salvo en su novela más aclamada, *Fabrenheit 451*. De hecho, me atrevería a decir que el reconocimiento de su obra por parte de algunos renombrados colegas —Huxley, Isherwood, Graham Greene, el propio Borges— y críticos fue un bálsamo aplicado a unas heridas que jamás se curaron del todo. Las páginas de *Zen en el arte de escribir*, su colección de ensayos sobre la escritura, rezuman —además de un entusiasmo y una vitalidad desbordantes— una mezcla de orgullo y complejos no superados del todo.

No es extraño. Bradbury es un caso muy claro del éxito del talento, la ilusión y la tenacidad de un escritor hecho a sí mismo, ajeno a las modas y a los cenáculos literarios. Nació en 1920 en Waukegan, Illinois, hijo de un técnico en líneas eléctricas y una inmigrante sueca. Enclenque y miope, se educó en las bibliotecas, en los cines

baratos y en las ferias. Allí comenzó su fascinación por historias extrañas y deslumbrantes que devoraba y le permitían volar lejos de su pequeña ciudad, hacia las estrellas. El mismo cuenta que, con doce años, un mago de feria, Mr. Electrico, lo nombró caballero con su espada electrificada al grito de: “¡Vive para siempre!”, y que aquella fue una de las experiencias que lo lanzaron a la escritura. Mr. Electrico, días después, le presentó a todos los artistas, sus extravagantes colegas. Bradbury, semanas más tarde, comenzó a teclear en una máquina de escribir sus primeras historias sobre Marte e inició una costumbre que no abandonaría jamás: escribir al menos mil palabras diarias.

Emigró a Los Ángeles, y continuó empapándose de literatura en la biblioteca Powell de la Universidad de California. Leyó a Poe, Wells y Verne, pero también a Sherwood Anderson y Thomas Wolfe. Colaboró en *fanzines* de género fantástico, empezó a ganar dinero, y publicó su primer libro. Uno de los relatos que envió a las revistas gustó a un joven editor llamado Truman Capote. Otro editor, también apellidado casualmente Bradbury, le animó a pulir y reunir unas cuantas historias que se convertirían después en sus *Crónicas marcianas*, ese relato agri dulce de la colonización de Marte donde, hablándonos del futuro, parece hacerlo de la prehistoria. En los años cuarenta del pasado siglo Bradbury escribió, además, los cuentos de *El hombre ilustrado* y la novela corta *El bombero*, embrión de *Fabrenheit 451*, un canto contra la barbarie.

Con apenas treinta años, Bradbury ya volaba lejos, como siempre quiso; aunque jamás dejaría de ser aquel niño miope de Waukegan, Illinois, fascinado por los trucos de magia, pero también por los vastos campos sembrados, por las tardes en las que el tiempo parecía congelarse y por las manos pesadas y rugosas de los sobrios trabajadores de su ciudad. En la obra de Bradbury hay fantasía, pero lo que la eleva es su capacidad para bajar a la tierra, para transmitir la soledad y la perplejidad del hombre que trata de sobrevivir bajo

un cielo imposible de atrapar y que él mismo se encarga de ensuciar.

Bradbury, que acudía al inconsciente y utilizaba la asociación de palabras como técnica narrativa, volvía siempre a la infancia, y desarrolló un estilo lírico, lleno de felices metáforas, que lo emparentaba con la poesía. Paradójico, como todo ser humano, desconfiaba de la tecnología, aquella que había permitido a sus personajes colonizar otros planetas. No se sacó el carnet de conducir, ni le gustaba volar en avión. Vivió medio siglo en la misma casa con la misma mujer, tuvo cuatro hijas, se negó casi hasta el final a publicar en edición digital y, en el plano político, fue conservador. Y, pese a todo, fue también un aventurero, alguien que, con nueve años, cuando unos compañeros le rompieron las tiras de prensa que coleccionaba de Buck Rogers, un imaginario viajero espacial, tuvo claro que nadie le iba a impedir soñar.

Bradbury descansa en la biblioteca de mi familia, y en otras muchas. Gracias a él y a otros autores, quizá sin darme demasiada cuenta, me atreví a escribir *Cazadores de luz*, una novela de ciencia ficción, en un país sin apenas tradición en el género. Que descanse en paz. —

MUNDO EDITORIAL

LA VENTA DE TUSQUETS

de MALCOLM OTERO BARRAL

No es un secreto que el sector editorial en España (y por extensión en todo el mundo hispanohablante) está sufriendo la crisis con mucha severidad. Algunos hablan incluso de la *tormenta perfecta*, esto es, la concurrencia de la crisis de consumo y de un cambio tecnológico. Sin entrar ahora en un debate sobre el libro electrónico, que supone un margen infinitesimal de las ventas del sector y que todavía no es más que una amenaza para los vetustos usos de la industria, lo que es indiscutible es que el libro sufre más allá de su merma de lectores: está perdiendo también su capacidad de influencia.



Fotografía © Jordi Sotoca

✚Beatriz de Moura, preparando el futuro.

Podríamos atribuir este detrimento de su ascendiente al carácter secundario al que sucesivos gobiernos han relegado a la cultura, pero eso sería admitir que la cultura debe venir deglutida, aprobada y dosificada por las autoridades, lo que no es más que una puerta abierta a la manipulación y al clientelismo. También es fácilmente achacable a la pobreza de la prensa cultural y, sobre todo, a la precariedad del ejercicio de la crítica, que ha sido dinamitada por los periódicos (ellos a su vez en aprietos económicos) con el objeto de evitar que algo tan prescindible como la literatura les procure conflicto alguno. Sin embargo, sería rayano en lo obsceno no detenerse en el cambio que se ha operado en el lector potencial. Un estudio reciente revelaba que el perfil medio del usuario de videoconsolas tiene más de 35 años.* Sí, ya sé que jugar con un videojuego no implica no ser lector, pero sí denota cambios importantes en los hábitos de entretenimiento y una infantilización galopante de nuestra población adulta.

En estas circunstancias de bajada drástica de ventas y deterioro del prestigio del libro, se han producido recientemente dos movimientos editoriales que perfilan un nuevo mapa

cultural de nuestro país y de Latinoamérica. Primero fue la editorial Anagrama que, tras más de una década de especulaciones sobre la herencia del gran editor Jorge Herralde, hizo público su acuerdo con la italiana Feltrinelli. Fue una jugada maestra. Feltrinelli, a pesar de ser un grupo ingente, era extranjero, con lo que se evitaban los lugares comunes que pesan sobre los grandes grupos españoles. Era además progresista, lo que reforzaba la idea de que el acuerdo aseguraba la continuidad de la editorial sin caer en las manos del vil capital. En definitiva, una operación redonda desde el punto de vista financiero y que además dejaba intacta la imagen de la editorial. Quedaba la duda de qué sucedería con Tusquets. Además de los numerosos paralelismos entre ambas casas editoriales (fundadas en 1969, literarias, con estructuras parecidas...) el hecho de que tanto Jorge Herralde como Beatriz de Moura, la editora de Tusquets, tuvieran más de setenta años había despertado todo tipo de rumores sobre cuál sería el procedimiento escogido para garantizar su continuidad. Tusquets había tenido hace años dos matrimonios efímeros, uno con Planeta y otro con RBA. Aunque ninguno prosperó, de su matrimonio con Planeta surgió una amistad con José Manuel Lara que se ha prolongado hasta nuestros días y que ha fragua-

do en un nuevo proceso de fusión. Si nos atenemos a los prejuicios, Planeta podría parecer el símbolo del capitalismo menos sensible, del gigante corporativo sin escrúpulos, pero lo cierto es que Planeta es un grupo bastante respetuoso con la labor de los editores (mucho más que otros grupos pequeños, pero en los que la propiedad es mucho más invasiva, como RBA). Además, lo que Tusquets ha dejado entrever del acuerdo con la familia Lara parece más encaminado a garantizar el futuro de la editorial y de sus trabajadores cuando Beatriz de Moura decida dejar las armas que a la necesidad inminente de hacer caja.

En un sector que tiende a elaborar teorías a velocidad de vértigo, no han tardado en aparecer las voces que ven en estas dos ventas un reflejo claro de la dificultad que tienen las editoriales de mediano tamaño para capear la crisis. No parece que sea el caso. La incertidumbre del sector del libro es general, afecta a los editores de todas las dimensiones y solo es superada por la zozobra de la prensa escrita. Es posible que estemos en un cambio de ciclo e incluso puede que se cumplan todas las amenazas y asistamos al fin de un modelo que ha sobrevivido durante siglos. Pero que Jorge Herralde y Beatriz de Moura intenten garantizar la pervivencia de sus respectivas empresas editoriales poniéndolas en otras manos no es más que el paso natural tras cuarenta años de andadura. Estoy convencido de que esto mismo o algo muy parecido habría pasado si las aguas no hubieran estado tan turbulentas. Dejar atado el futuro de cada una de estas dos casas en las que trabajan una veintena de personas, que forman parte de la educación sentimental y literaria de muchísimos lectores y sin las cuales no se puede entender la cultura en español en las últimas décadas no era una opción, era casi una obligación moral. Lo venidero es incierto por definición y en el mundo del libro hay más sombras que claros, pero Beatriz de Moura y Jorge Herralde, mientras siguen al timón, se han asegurado de amarrar en buen puerto. *Nunc est bibendum.* —

* Según la Asociación Española de Distribuidores y Editores de Software de Entretenimiento (adese).